

Un recuerdo

de Julio

Fonseca

JESUS BONILLA

Acababa yo de traspasar los umbrales de mi adolescencia y hacía mis primeras armas como director de la Banda Militar de Liberia, (entonces estos cuerpos eran militares y caminaba muy bien la "Ciudad Blanca", porque en realidad se le podía llamar así: sus calles, blancas, sus casonas legendarias, blancas y hasta sus habitantes en un 90 por ciento se vestían de blanco.

Había que admirar el espectáculo que ofrecía Liberia en una noche de luna; era sencillamente maravilloso. De ahí nació esa cancioncilla mía que se ha hecho bastante popular y que no han logrado los años desterrar del alma del pueblo: "Luna Liberiana". También nacieron muchísimas más, producto de ilusiones de un niño grande, pero que se adentraron en el corazón de todos los que vivieron aquellos años de romanticismo y que todavía recuerdan —cuando nos encontramos alguna vez— con nostalgia de juventud impetuosa y un poco alocada, pero juventud al fin.

Fue pues, en uno de esos veranos, cuando comienzan a sacudirse los árboles para traer nos los vientos del norte que parecieran llevarse con su ímpetu toda esa vorágine de pesadumbres y congojas acumuladas durante todo el año, cuando llegaban los estudiantes del "interior" que llenaban de alegría con su bullicio aquella legendaria "Ciudad Blanca". Fue entonces, repito, cuando supe que el más inspirado compositor que ha producido Costa Rica, visitaría a Liberia junto con su distinguida familia. Inmediatamente me interesé para que su estadía en aquella ciudad fuera lo más placentera para ellos.

Conociendo la gentileza de mi cuñado don Benito Mayorga Rivas, hermano de aquel gran patricio, licenciado don Francisco Mayorga Rivas, y en cuya casa yo vivía, ya que él era casado con una hermana mía, (él falleció hace muchos años) le hablé para que le diera alojamiento a don Julio y su familia, lo cual aceptó de muy buena gana. Desde luego, don Julio, su señora, Jimmy, el gran Pipo, hoy todo un señor sacerdote, y el resto de su familia, fueron atendidos por nosotros como lo que ellos eran.

Departimos por varios días en aquella ciudad, él admiró lo bello que la Naturaleza puso en aquella porción de tierra costarricense, sus noches plélicas de belleza que incitaban a embriagarse de luna, todo con la sencillez de un alma superdotada de pureza e inspiración. Hicimos algunas tenidas musicales con ese culto y distinguido amigo, Manuel (Manuelito) Rodríguez Caracas, quien ejecutaba por medio de lectura, la guitarra de una manera asombrosa, ya que ese instrumento tan vulgarizado por la mayoría de las gentes, en sus manos daba la impresión de estar oyendo una orquesta. Don Julio escuchaba todas nuestras "consultas" con la amabilidad de un maestro con sus alumnos y con su innata bondad.

Por eso ahora, con el correr de los años, conociendo como conocí a don Julio, pienso en la candorosa de aquella alma pura como la de un niño, que ponen de manifiesto todo lo que había de grande en aquel ser superior a quien Costa Rica debe tanto y todavía no ha podido corresponder como es la obligación de un pueblo que en realidad ama a los hijos que le han ofrendado lo mejor de su existencia. Por eso también quiero unirme de corazón a los diputados que han propiciado un movimiento para que a don Julio le sea conferido el título de Benemérito de las artes costarricenses.